

Berenice, la sirena

© Copyright 2010 ~ Editorial Libros & Libros S.A., Bogotá, D.C., Colombia
Autora: María García Esperón
Ilustrador: Camilo Sarmiento
Editora de Literatura: Carolina Cárdenas Jiménez
Diseño de cubierta: Vivian Llamas
ISBN: 978-958-724-109-9
Depósito legal • Primera edición 2010

Esta obra está protegida por la ley 23 de 1982 sobre los derechos de autor. Se considera infractor de estos derechos y como tal puede ser objeto de sanción penal, cualquier persona natural o jurídica que reproduzca esta obra en forma parcial o total a través de fotocopias o de otros medios de multicopiado con la finalidad de hacer guías didácticas, módulos de autoaprendizaje o cualquier otro uso con destino a su comercialización o entrega gratuita, sin el permiso expreso y escrito de Editorial Libros & Libros S.A.

Las acciones judiciales pertinentes pueden ser instauradas por cualquier persona natural, las autoridades que tengan conocimiento de ello o el titular de sus derechos, Editorial Libros & Libros S.A.



MARÍA GARCÍA ESPERÓN

*La sirena se embarcó
en un buque de madera
(Huapango)*

Índice

Conchita	9
Mi-to-ló-gi-ca	17
Elotito.....	25
Nicolás.....	35
Zarco el cocodrilo.....	47
La casa de la ceiba.....	57
El antídoto.....	69
La imperial ciudad.....	77
La fuente.....	83

Conchita

Estaba muy cansada y hambrienta pero eso no era justificación para ver visiones.

María Concepción de las Mercedes del Verbo Divino de la Laguna y Manrique de Lara y Paredes de la Cerda, niña de edad más corta que su nombre, pues tenía nueve años al pasar a la Nueva España acompañando a sus padres, los marqueses de la Laguna, que serían virreyes. —Aquí se hace una pausa para recuperar el aliento y sosegar la respiración, cosa que es muy conveniente tener en cuenta si se quiere continuar la lectura, porque en ese siglo diecisiete nos gustaban los vestidos complicados, los dulces dulcísimos, las palabras largas y los párrafos enredados como conchas de caracol...

María Concepción de las Mercedes... (¡eh!, que se nos va el aliento de nuevo...) María Concepción, decía —de aquí en adelante, Conchita—, revolvía con la cuchara el plato hondo de talavera donde le habían servido la sopa.

¡Y qué sopa! Muy aguada, en la que entre zanahorias y jitomates deshilachados nadaban seres de apariencia sospechosa, ni pescados ni camarones, sino mezcla de ambos.

—Son acociles, niña —dijo Ceferina, su nana a la que, como ustedes, ella también acababa de conocer.

Le gustaron las trenzas de Ceferina: largas y lacias, con hilos de colores enredados. Daban ganas de cortárselas y hacer con ellas un columpio y mecerse sobre la mar.

Ella y su familia habían pasado muchos días en un mecimiento continuo, en el barco que los llevó de la Vieja España a la Nueva España.

—¿Ya vamos a llegar?

—¡No!, ¡que no!, que falta la mar de días —le contestaba su madre, María Luisa, mientras se daba aire con un abanico de blancas varillas.

Y de la mar ya estaba harta Conchita.

Y de mecerse también.

Mientras revolvía la dichosa sopa de acociles con su cuchara, pensaba que se había vuelto loca porque en el centro del plato, donde había una preciosa flor amarilla, acostada de espaldas con los ojos cerrados y la cabellera desperdigada en forma también de flor... estaba una sirena.

Conchita trataba de afinar su mirada y de ver a través de la sopa. Y poniendo ojos de china pudo distinguir la cara de la sirena, que era preciosa, como si la hubiera dibujado un pintor de miniaturas usando los colores más increíbles.

El cabello era finísimo, de oro con reflejos verdes. La piel solamente podía compararse con la porcelana. Pero lo mejor era la cola. De tornasoladas tonalidades, divertidísima de ver porque cambiaba cuando Conchita cerraba y volvía a abrir los ojos.

¿Estaría muerta? Lo que no tendría nada de particular, porque la sopa de acociles humeaba.

Pobre sirena.

—Además, ya no tengo hambre.

Ceferina no le quitaba el ojo de encima. Su nana.

Nueva estaba decidida a que se comiera la sopa, se diera un baño en una tinaja y se fuera a la cama, porque al día siguiente les esperaba el largo viaje por tierra a la Ciudad de México.

Conchita no veía la necesidad de bañarse porque su padre, el marqués de la Laguna, aunque llevaba la posibilidad del baño en su nombre, nunca había tomado uno.

Ella dio un golpe de cuchara a la sopa y observó que la sirena se sobresaltaba y abría sus grandes ojos cercados por pestañas doradas.

La sirena se recargó sobre la palma de su mano y así **sostenida**, sacó el torso y la cabeza del caldo de acociles.

Conchita observó que la parte superior de su cuerpo estaba cubierta **con** una chaquetilla hecha de conchas diminutas.

Conchita casi batió palmas al cerciorarse **de** que la sirena no estaba muerta sino dormida y que el toque de la cuchara sobre su cola la había despertado.



Y ya sin pensarlo, cuidadosamente la recogió con la cuchara. La sirena se la quedó viendo pero no dijo nada.

Habría que averiguar si hablaba. Conchita no sabía que es conseja común que las sirenas no hablan cuando por casualidad van a dar al mundo de los seres humanos.

Con mucho cuidado, aprovechando que Ceferina había ido a la cocina, que estaba al final del corredor, detrás de las palmeras, al lado del patio donde se asoleaban las gallinas desplumadas y se correteaba a los gallos de la tierra, envolvió con toda calma a la sirena en el pañuelo ribeteado de encaje, que siempre traía guardado en la manga, dando gracias a Dios porque la casa era tan grande y al narrador porque con ese párrafo tan largo y enredado tuvo todo el tiempo que necesitó para rescatar a su sirena.

Escondió el envoltorio en un pliegue de su ampulosa falda. Ya saben, esas faldas incómodas y largas para viajar y en general para todo, que hacen ver a las niñas como flores ambulantes, con una increíble corola alargada a los lados. Conchita no podía tolerarla y a la menor distracción de sus guardianas, se despojaba del fastidioso vestido para corretear a su placer en camisa.

Conchita tiró el caldo en una inocente maceta de Talavera que hacía juego con los platos.

—Me va a gustar México —pensó— porque tiene muchos colores.

Cuando regresó Ceferina, se encontró con un adorable angelito dispuesto a tomar un baño y a ir a la cama.

El primer pensamiento de Conchita fue meter la sirena a su bañera. Pero eso resultó imposible porque Ceferina ya la estaba estrujando con una estopa, echándole chorros de agua caliente en la espalda. Con una rapidez sorprendente, la nana le lavó, secó y desenredó el cabello que llevaba muy largo, como aquellas niñas que no se empiojaban.

Conchita miraba a la sirena envuelta en su pañuelo, que estaba justamente en medio de su vestido hecho bola sobre las losas de la habitación, que tenían pintadas muy bonitas decoraciones, como olas del mar a las que solamente les faltaba un airoso barquito para navegar sobre ellas.

Mi-to-ló-gi-ca

Ya va siendo tiempo que expliquemos bien a bien la razón de la estancia de Conchita en México.

El marqués de la Laguna, su señor padre, había sido nombrado virrey de la Nueva España. Como es costumbre, los virreyes se hacen acompañar de su familia y marchan primero a Sevilla, donde se dejan llevar por el río Guadalquivir entre velas blancas y ramos verdes hasta la salida a la Mar Océana, un gran pedazo de agua que después de días y días los lleva al puerto de Veracruz, en la cornucopia mexicana.

Cornucopia quiere decir cuerno de la abundancia y es la feliz manera en que los poetas llaman a México por su forma de cuerno, según unos, o de sirena extendida sobre las aguas, según otros.

Cuerno o sirena, lo cierto es que esta historia se trata de una sirena y una niña, o de una niña y una sirena, o de una concha y una sirena, pues es Conchita quien hasta ahora **hace** la parte activa.

—Me llamo Berenice —dijo la sirena en muy correcto castellano (**si** hemos de ser puntuales en esta nuestra narración, diremos que pronunciaba la “ce” como los andaluces, los canarios y los habitantes de la Nueva España).

—¿Qué te llamas qué? —dijo Conchita creyendo soñar. ¡Su sirena hablaba!

—Berenice, ¡Berenice!, ¿qué, no hablo lo suficientemente claro?

—¿Claro? ¡Claro! ¡Clarísimo! Yo quisiera llamarte Clara.

—¡Ni lo pienses! —dijo la sirena arrugando la nariz, acomodando su cola de muy artística manera sobre el montón de ropa—. Yo no soy de esas sirenas melancólicas y taciturnas, esto es, tristes y calladas, por si no me entiendes. Yo... soy muy parlanchina y dicen los que me conocen que un tanto malhablada. Lo que tiene explicación porque nací

en aguas veracruzanas. Tengo un tío ballena y un primo llamado Zarco. Él es cocodrilo...

—¿En tu familia hay animales? —casi gritó Conchita.

—¡Animales! ¡Pues qué te piensas que soy yo!

—Una persona mitológica —dijo Conchita sin pestañear. Y silabeó: mi-to-ló-gi-ca.

—¿Mitológica? ¿Qué te sucede? ¡El que me hayas encontrado en tu plato no te da derecho a...!

Los ojos de la sirena echaban chispas ante los ojos no menos chispeantes, pero sin duda más asombrados, de Conchita. Se zambulló en el mar de ropa que estaba apilada en la habitación.

Más rápida que la niña, se había dado cuenta **de** que en ese momento ingresaba en la habitación la mismísima María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, madre de Conchita y marquesa de la Laguna, que venía a dar a su hija el beso de las buenas noches.

La marquesa miró con disgusto la ropa tirada en medio de la habitación.

—¿Dónde está Ceferina?

—Salió un momento, mamá. No tarda —dijo Conchita con un hilo de voz al sorprender **se con** la mirada de su madre.

—Esa ropa así como así no me gusta nada. Puede convertirse en guarida de animales. Estas tierras son muy exuberantes y debe haber langostas, arañas, grillos con cuernos y qué sé yo.

La marquesa se interrumpió.

—¡El calor me asfixia! ¡El olor a vegetación exuberante, como ya he dicho, y malsana me envenena! ¡Del barco, mejor no acordarme! ¡Y lo que me espera! ¡No soportaré el viaje por la selva infestada de jaguares hasta la Ciudad de México!



Conchita saltó de la cama y con gran destreza, mientras su madre prorrumpía en sollozos, había asido a Berenice con la punta de los dedos y la deslizó por entre los pliegues de su camisón. La sirena refunfuñó, pero se guareció en una ola de encaje y se quedó quieta.

—Mira, mamá —dijo Conchita, tranquilizadora. —Todo está aquí la mar de limpio. Ceferina ha barrido durante todo el día y me ha contado que los animales se han escondido de nosotros...

—¡Qué va! —dijo Berenice desde el camisón de Conchita— ¡Están agazapados, debajo de la cama, pulgas de veinte ojos aferradas al colchón!

—¿Qué dices, niña? —dijo doña María Luisa enjugándose las lágrimas.

—¿Yo?... nada, digo que te vayas a dormir mamá. En fin... ¿no se supone que la temerosa debería ser yo? Tengo nueve años y tú...

—¡Veintinueve! Pero nunca lo digas en voz alta. En fin, ya estoy más tranquila. Es verdad que Ceferina no ha hecho más que barrer.

—¡Lo que deberías hacer tú, presumida! —gritó Berenice.

—¿Cómo me has llamado?

—Te he llamado madre querida —dijo Conchita, que empezaba a enojarse con Berenice. —Anda, ve a dormir, que por mi parte me caigo de sueño.

Conchita no tenía sueño, lo que tenía era prisa porque se fuera su madre para arreglárselas a solas con Berenice. ¡Llamar a su madre presumida! ¡Faltaba más!

Doña María Luisa estampó un beso en la frente de su hija y le dio la bendición. Se fue murmurando quejas y tratando de no barrer con su falda ampulosa las múltiples alimañas que de seguro se arrastraban por los pasillos.

—“Mi-to-ló-gi-ca” —Berenice imitaba el tono de voz de Conchita mientras se deslizaba por los pliegues del camisón de la niña hasta la cama, que había sido alisada primorosamente por Ceferina.

—¡Eres muy mal educada! —dijo Conchita, perdiendo los estribos.

—¡Te lo advertí! ¡Soy de Veracruz y más que maleducada soy... claridosa!

—¡Y no quieres que te llame Clara! ¡Claridosa! ¿Qué es eso?

—¡Franca! ¡Sincera! Y si quieres saber la verdad... ¿para qué crees que me zambullí en tu plato?

—¿Para qué?

—Para que me lleves a la Ciudad de México. Estoy harta de ser una sirena provinciana... Quiero ver el mundo, conocer otros caminos y mudarme a un palacete de piedra labrada, con fuente, de esos que abundan en la imperial ciudad, capital de la Nueva España.

—¿Y yo?

—¿Tú, qué?

—¿Yo no te importo?

Berenice se encogió de hombros. Lo que sucediera con Conchita, francamente, no le importaba. No en este punto de la historia. Más adelante, quizá las cosas cambien, pero por el momento, Berenice se ha puesto entre ceja y ceja el objetivo de conocer y mudarse a la muy noble, muy ilustre, muy leal, imperial Ciudad de México.

Slotito

Durmieron las dos, como Dios se los permitió, en la cama de Conchita.

Increíblemente, a pesar de su tamaño, Berenice fue empujando a la niña para quedarse con la parte más amplia de la cama. Conchita, que no estaba acostumbrada a compartir su lecho con nadie, siendo hija única. Amaneció enfurruñada y arrepentida de haber pescado con la cuchara a esa sirena enfadosa.

¡Ya vería ella si la llevaba a la Ciudad de México! ¡Lo primero que haría en la mañana sería sumergirla en una jofaina de muy bonita talavera,

para ahogarla! ¿Pero cómo iba a ahogarse la condenada, si era una sirena?

Todos los niños y los adultos queremos amigos especiales, seres originales y maravillosos que sean solamente nuestros: un perro parlante, un dragón volador, un unicornio, ¿qué sé yo?... pero les digo que no sabemos lo que queremos cuando queremos... eso. Pues a Conchita se le hizo realidad el ni siquiera expresado deseo y no veía la hora de deshacerse de Berenice.

Cuando abrió los ojos, antes de acordarse de la sirena, tuvo que poner atención a algo nuevo que estaba sucediendo: un par de ojos puestos en una carita morena, debajo de un cabello negro partido por la mitad y peinado en trenzas.

—¡Buenos días! —dijo la boca debajo de los ojos.

—Buenos días —contestó Conchita—. ¿Y quién eres tú?

—Soy sobrina de Ceferina.

—¿Cómo te llamas?

—Elo.

—¿Cómo?

—Elo... ¡Elotito!

—¡Ese no es un nombre!

—Sí que lo es. Bueno, así me dicen. En realidad, me llamo Eloísa. ¿Y tú?

Conchita tomó aire y comenzó con su retahíla:

—María Concepción de las Mercedes del Verbo...

—¡Conchita! —interrumpió Elotito, poco dispuesta a dejarse abrumar por el rosario de nombres.



—Escucha, Elotito —dijo mientras buscaba en la cama a Berenice que dormía plácidamente en la almohada envuelta en blanquísimo encaje, la que debió haber servido para su reposo. —Tengo un gran problema y creo que solamente tú puedes ayudarme. Ayer, cuando me tomaba la sopa...

—¡No me digas! —dijo Elotito llevándose las manos a las mejillas.

—¿No te digo?

—¡No me digas que te encontraste con...!

—¡Sí!

—¿Con quién? —reviró Elotito para estar segura.

—Dime tú que parece saberlo —dijo Conchita pensando que en esas nuevas tierras, entre seres mitológicos y humanos iban a volverla loca.

Conchita señaló a la sirena que en ese momento se ocupaba en roncar de lo lindo. Elotito dio un salto para atrás y ahogó un grito. Con voz temblorosa, exclamó:

—¡Es ella!

—Sí —dijo Conchita— es una peste, la encontré en mi plato, la traté bien y a los pocos minutos me hablaba con altanería, insultó a mi madre,

se apoderó de mi cama y me exige que la lleve a la Ciudad de México. ¡Tengo que deshacerme de ella! ¡Ayúdame, Elotito, por lo que más quieras!

—Yo creí que era cosa de cuento... —dijo Elotito un poco más tranquila, mientras observaba de cerca a Berenice.

—¿Cuento?

—Y canto. Se cuentan y cantan cosas de una sirena que es pariente de una ballena.

—Sí, y tiene un primo cocodrilo. Se llama Zarco, creo.

—¿Eso te dijo? —se interesó Elotito.

—Como te lo digo yo a ti —dijo Conchita.

—Pensé que las sirenas no hablaban... —reflexionó Elo.

—Yo estaba segura de que no lo hacían —dijo Conchita—. Es más, hasta ayer estaba segura de que no existían y eran como tú dices, cosa de cuento.

—Tiene el cabello muy fino —observó Elotito—. —¿Me la prestas para peinarla?

Conchita vio el cielo abierto.

—¿Que si te la presto? ¡Te la regalo! ¡Anda, no la despiertes! ¡Llévatela dormida! Pero muy lejos... tan lejos... tan lejos como...

—Como la **muy** noble y muy leal Ciudad de México, a donde yo también iré —dijo Elotito sosteniendo con cuidado a Berenice.

—¡No! ¡No y mil veces no! —casi gritó Conchita.

—¿No quieres que vaya? —con una rapidez asombrosa, los ojos de Elotito se llenaron de lágrimas.

—¡No me entiendes! Haz lo que te plazca. Digo, me encantaría que tú también fueras... vinieras... con nosotros... conmigo, en mi carruaje... La que no quiero que vaya es Berenice.



—¿Quién es Berenice? —dijo Elotito olvidando sus lágrimas.

—Berenice es eso que tienes en las manos. Es ella... ¡Es la sirena! Por favor, Elotito, por lo que más quieras... ve corriendo y arrójala en el río. No le pasará nada, pues es sirena... y nos libramos de ella.

—¿Y si se la come un cocodrilo? —se preocupó Elotito.

—¿Cómo va a comérsela, si es su pariente? —razonó Conchita.

Elotito envolvió a la sirena en su rebozo, que traía enredado en la espalda. Como Berenice tenía el sueño pesado, se acurrucó en el nuevo mar de colores que se ofrecía a su descanso. Sin despedirse, pues estaba totalmente concentrada en lo que haría con la sirena, Elotito salió de la habitación. Conchita, se arrellanó en su mullida camita y emitió un suspiro de satisfacción disponiéndose a esperar a Ceferina, que llegaría a lavarla, vestirla, peinarla, darle su tazón de chocolate en la boca y prepararla para el inminente viaje.

Quienes en la amplia casa que daba albergue a los virreyes y su comitiva vieron pasar a Elotito, supusieron que en su rebozo traía acurrucado algún pajarillo. Como ya se había desayunado, peinado y vestido con sus propias manos, pues su tía Ceferina estaba para atender a la señorita, a nadie le extrañó que se saliera de la propiedad y se pusiera a caminar hacia la orilla del río.

Pensaba cumplir la encomienda de Conchita y devolver a la sirena a su ambiente natural, el río que desembocaba en la mar, de donde había venido Conchita y por donde de tanto en tanto llegaba un navío cargado de... ¡virreyes!

Llegó a la orilla del río, que a esas alturas era más bien un riachuelo, se puso de rodillas sobre la hierba húmeda y desenrolló su rebozo.

—¿Por dónde se toma una sirena? —se preguntó Elotito, al tiempo que deslizaba sus dedos índice y pulgar por la escamosa cola de Berenice. En un dos por tres la sirena, aún dormida a pesar del zarandeo, estaba cabeza abajo. Su cabellera verde con reflejos dorados pendía como la corola de una margarita. Elotito la sumergió como si fuera una sardina y al contacto con el agua, ¡por fin!, despertó.

Nicolás

—¿Dónde diablos están mis pantuflas?

La voz del Virrey de la Laguna resonó estentórea como la del trueno en las cañadas.

Don Tomás quería disfrutar de unos momentos de descanso ante la inminencia del viaje a la capital de la Nueva España.

—¿Para qué nombrar al diablo, hombre de Dios?
—contestó doña María Luisa, santiguándose con una mano y abanicándose con la otra.

—¡Mujer, calla! **Esto** no es contigo, sino con quien escondió mis pantuflas.

Don Tomás tenía tres pelos en la cabeza, sobre la que se ponía una peluca primorosamente rizada. Dije una peluca, y la verdad sea dicha, se trataba de tres pelucas, pues llevaba dos de repuesto... No podía arriesgarse a que una imprudente vela quemara la única que tenía y vaya usted a saber la clase de peluqueros con que contaba la Nueva España. En cuanto a pantuflas, solamente había llevado un par, porque le dijeron que si de borceguíes, escarpines, chinelas y pantuflas se trataba no había como las de la calle de Borceguíes, en la muy noble e ilustre Ciudad.

—Papá, yo sé dónde están tus pantuflas —dijo Conchita, con un tono alegre en la voz, que la hacía sonar como campanita de plata. *La niña se sentía* ligera porque se había librado de Berenice.

—¿Y dónde sería? —refunfuñó don Tomás.

—Pues en la cocina, donde anoche bajaste a tomar un caldo cuando todos nos habíamos recogido. Me lo ha contado Ceferina.

—Anda, sé buena y ve por ellas —dijo *doña* María Luisa.

Y Conchita se fue brincando por los corredores *que tenían* macetas de aromas muy buenos de respirar. Llegó a la cocina, le jaló las trenzas a Ceferina, se metió a gatas debajo de la mesa y con sus deditos

tomó las pantuflas. Sintió un terrible mordisco en el dedo índice, que era el que había deslizado al interior del calzado.

—¡Ayyyyy!

Retiró vivamente la mano pero el dolor seguía ahí. Y el dolor, para su disgusto, tenía cabello verde y cola de escamas.

—¿Qué haces tú aquí? —gritó Conchita sacudiendo con fuerza la mano.

Berenice se soltó del dedo de Conchita para desde el suelo donde cayó, preguntarle a su vez:

—¿Por qué quisiste ahogarme? Tu cómplice me reveló todo.

—¿Ahogarte? —dijo Conchita—. ¡Eres una desvergonzada! ¿Cómo podrías ahogarte, si eres una sirena?

—Sospecho que no quieres llevarme a la Ciudad de México —dijo Berenice arrugando la naricilla y alisándose los cabellos.

—Sospechas bien porque no eres muy agradable que digamos.

—Ya verás cómo, a pesar tuyo, hago mi santa voluntad —se jactó Berenice.

—Ya verás cómo te acuso con...

—¿Tus papás? —preguntó la sirena al tiempo que soltaba una sonora carcajada—. ¡Anda, ve! Pero debo advertirte algo. Mejor lo gritaré: ¡LOS ADULTOS NO PUEDEN VERME!

—¡Conchita! —vociferó el marqués de la Laguna— ¿Traes mis pantuflas o no?

—¡No puedo porque estoy peleando con una sirena impertinente! —dijo Conchita mirando fijamente a Berenice, como retándola, para demostrarle que si ella la veía, también la verían el marqués, la marquesa y Ceferina.

—¿Qué cuentos le están narrando a esta niña? —preguntó el marqués.

—Los normales —respondió la marquesa. —Las fábulas de Ovidio Nasón, un poco de Quevedo, aquello de “Érase un hombre a una nariz pegado” y las aventuras de Don Quijote.



—¡Eso explica su imaginación desbocada!
—replicó el marqués—. En fin, ¿dónde están mis pantuflas?

Berence se extendía cínicamente sobre la pantufla derecha del señor marqués, estirando los brazos y bostezando como si todo eso no tuviera que ver con ella.

—¿Por qué haces eso? —le reprochó Conchita.

Berence volvió a arrugar la nariz y sacó la lengua en plan de franca burla.

Eso era algo más de lo que Conchita podía soportar.

—¡Papá!, ¡ven tú mismo por tu pantufla para que pongas en su lugar a esta mal educada!

—Ven tú mismo... ven tú mismo —rezongó el marqués—. ¿Para qué te ofreces entonces?

—Permitidme señor marqués, señora marquesa y encantadora hija, que sea yo quien tenga el honor de llevar hasta las virreinales manos las heroicas pantuflas.

Quien así hablaba era un rapaz de doce años que hacía su entrada triunfal en la cocina. Vestido de blanco inmaculado, lo que hacía resaltar la negrura de su tez y la oscuridad reluciente de sus cabellos ensortijados, el recién llegado era...

—Nicolás, hijo del pescador Mateo... y nada me haría más feliz que servir a personas tan encumbreadas con mi fecunda inventiva.

—¿Qué? —dijo Conchita.

—¿Qué qué qué? —dijeron los marqueses al unísono.

—No le hagan caso vuestras mercedes —terció Ceferina, que no había dejado de lavar la loza de Talavera en una bandeja jabonosa—. Este Nicolás está lleno de palabras y aunque sus padres fueron esclavos, él tiene el atrevimiento de... pretender ir a estudiar a la capital de la Nueva España... ¡a la Universidad!

Los marqueses no osaron articular palabra. Conchita, en cambio, lanzándole una mirada de soslayo a Berence, dijo:

—¿Por qué “el atrevimiento”? A juzgar por como habla, tiene más ingenio que cincuenta doctores juntos.

—Ya me olvidé a qué he venido —dijo el marqués, repasando con la mano los tres pelos de su cabeza.

—Conviene que lo recordéis, con todo respeto —dijo Nicolás—. Un marqués recién llegado debe dar la mejor de las impresiones, asombrar con su

apostura e ingenio, convencer, antes de decir ¡Jesús! a la muchedumbre de criollos presuntuosos porque él y sólo él es el más idóneo, apto y calificado para regir los destinos de esta Nueva España.

—Eso sí que lo sé, mocoso —dijo el marqués malhumorado—, decía que ya me olvidé para qué he venido a la cocina.

—Para recuperar vuestras graciosas pantuflas, Vuestra Señoría —contestó Nicolás con una caravana, al tiempo que tomaba a Berenice de la cola y la guardaba en el almidonado bolsillo de su camisa.

—¡Vaya, vaya! —exclamó satisfecho el marqués—. Me agrada este muchacho. Conchita, hija mía, ve aprendiendo lo que es diligencia. Me parece que no haremos un gran esfuerzo si lo llevamos con nosotros a la Ciudad de México, lo hacemos examinar por los doctores ilustres de la Universidad, y si su conocimiento corre al parejo con su labia, seremos sus padrinos en el ingreso a la Docta Casa. ¿Qué dices, mujer?

—¿Qué he de decir? —dijo doña María Luisa—. Que es la mejor idea que has tenido el día de hoy.

Los marqueses se alejaron con las pantuflas y Conchita y Nicolás se quedaron viendo con la boca abierta por unos segundos. Ella, por la naturalidad y dominio que había mostrado en el manejo de la

díscola Berenice y él... porque en toda su vida no había visto a una niña más bonita, más compuesta y más graciosa que la hija de los marqueses de la Laguna.

—La has visto, ¿no es verdad? —preguntó Conchita rompiendo el silencio.

—¿A que se refiere Vuestra Excelencia? —dijo Nicolás.

—¡Llámame Conchita!

—¿A qué se refiere, Conchita?

—¡Háblame de tú!

—No vamos a terminar nunca... ¿A qué te refieres, Conchita?

—A... la sirena.

—Aaaah... a la sirena... —dijo Nicolás llevándose la mano al bolsillo de su camisa, donde ya movía furibunda la cola la taimada de Berenice.

—¿La conoces?

—Por supuesto. Clase, sirénidos. Subclase, parlantes. Género, femenino. Sus padres, sirénidos. Sus primos...

—Ya sé, ya sé... ¡Cocodrilos!

—¿Cocodrilos? —se extrañó Nicolás—.